

# XI CONGRESO INTERNACIONAL GRUPO CERO

## EL DESEO EN LAS ENFERMEDADES

La distinción entre el alma y el cuerpo fue uno de los grandes pasos en la evolución del pensamiento humano. Que el hombre fuera capaz de pensar un sujeto de conocimiento más allá de sus sentidos y de su percepción inmediata, abrió el camino para que el pensamiento científico se hiciera posible. El *Cogito* es la primera formulación de esta instancia pensante enteramente distinta del cuerpo.

Desde el momento en que se concibe la ciencia en su acepción moderna, en el siglo XVII, la presencia de lo real no es necesaria para formular teorías que lo expliquen. Se trata de un momento de ruptura que permite al hombre alcanzar un estado de maduración en el que es posible hablar el lenguaje de la ciencia, alcanzar la edad de la razón.

Desde entonces se ha producido un largo debate entre quienes defienden la distinción tajante del hombre en un alma y un cuerpo, y quienes se resisten a ella. Este dualismo cartesiano suscita muchas cuestiones en el campo de la medicina, de la filosofía y de la psicología. Cuestiones que podrían enunciarse del siguiente modo: ¿De qué manera el alma, *res cogitans*, imprime en el cuerpo, *res extensa*, sus ideas, sus pasiones, sus deseos?

Sabemos por Freud, que el médico es un testigo excepcional de ciertas enfermedades en las que no parece existir una causa orgánica y cuyos síntomas se desplazan de forma continua, presentando un cuadro clínico con una amplia variedad de manifestaciones sintomáticas. Se trata de enfermedades recurrentes, enfermedades indeterminadas, enfermedades para las que no hay, aparentemente, tratamiento médico posible y que, sin embargo, presentan en mayor o menor grado una afección orgánica.

En este campo de investigación la medicina estudia la evidente relación entre lo anímico y lo corporal, bajo la premisa de que lo anímico está determinado por lo somático. Para el investigador médico, las condiciones psíquicas del sujeto dependen del buen desarrollo de su cerebro y, a la inversa, cualquier alteración en su funcionamiento mental se explica por una perturbación orgánica.

La medicina clasifica algunas de estas enfermedades como enfermedades nerviosas. No obstante, el estudio del cerebro y del sistema nervioso de los enfermos fallecidos no ha dado hasta ahora ningún resultado aclaratorio: "ciertos rasgos, añade Freud, del cuadro clínico aún excluyen totalmente la posibilidad de que en el futuro, disponiendo de medios de exploración más sutiles, se llegue a demostrar tales alteraciones, susceptibles de explicar los aspectos clínicos de la enfermedad."

Como el inspector de *La carta robada* de Poe, la medicina busca, disecciona, traza una retícula cada vez más microscópica que le permita observar lo que sencillamente, y desde el principio, no es del orden de la visión, esto es, no pertenece a la percepción ni a los sentidos.

El estudio psicoanalítico de los sujetos aquejados por este tipo de enfermedades revela que "los signos clínicos tienen por único origen una afluencia alterada de su vida psíquica sobre su organismo, o sea que la causa directa del trastorno ha de buscarse en el psiquismo".

El psicoanálisis, explica Freud, es el tratamiento psíquico "desde el alma, un tratamiento -de los trastornos anímicos tanto como corporales- con medios que actúan directa e inmediatamente sobre lo anímico del ser humano". El psicoanálisis, sin embargo, no forma parte de las ciencias del espíritu, o ciencias del hombre, a las que la medicina relegó en algún momento el estudio de lo anímico.

El término alma [psique] para el psicoanálisis no tiene sentido sin el concepto de inconsciente. Dicho de otra manera, lo anímico cobra un nuevo sentido desde que Freud enunciara la teoría psicoanalítica.

La división fundamental que interesa al psicoanálisis es aquella que introduce el concepto de inconsciente: el sujeto no es más el sujeto cartesiano, todo razón y conciencia, sino un sujeto esencialmente dividido en dos instancias. Una instancia, la consciencia, que no puede dar cuenta del inconsciente. Otra instancia, el inconsciente, que en adelante sobredetermina todo lo humano, incluso la propia conciencia del sujeto.

El estudio de las enfermedades llamadas mentales, de lo psíquicamente patológico, permite comprender el funcionamiento normal del aparato psíquico. Uno de los principales hallazgos a los que conduce este estudio es que los mismos mecanismos psíquicos que

funcionan en el proceso de la enfermedad, funcionan también en la producción de la salud.

Decir que estas enfermedades son de origen anímico, es afirmar que tienen una determinación inconsciente. Ahora bien, el inconsciente del que se ocupa el psicoanálisis, al que se denomina su objeto de conocimiento, es el deseo sexual, infantil y reprimido. Esto significa que los síntomas de estas enfermedades son del orden del deseo, que son producciones de un deseo de carácter sexual, infantil y esencialmente reprimido, y que, como el sueño, son la realización de ese deseo.

Se trata de producciones inconscientes sometidas a procesos primarios que en lugar de buscar la realización del deseo mediante la transformación de la realidad, busca un camino más inmediato, pero mucho menos eficaz. El enunciado *deseo sexual, infantil y reprimido* nombra el carácter incestuoso de ese deseo que el sujeto sólo puede satisfacer de una manera alucinatoria.

Por otra parte, la realización de ese deseo, que se presenta como incoercible, no satisface más que a la instancia inconsciente del sujeto, mientras que para su conciencia es un motivo de displacer que se expresa como angustia. Este deseo tiene un carácter que por su realización el sujeto siente una amenaza. Se trata de la realización de un deseo incestuoso cuyo cumplimiento está prohibido por la ley de interdicción del incesto.

Esto ocurre así, porque después de la formulación de la amenaza de castración, el Yo del sujeto ha tenido que reprimir esa pulsión que desde el Ello se le presenta como del orden de la satisfacción. "El yo, dice Freud, se defiende entonces de la misma por medio del mecanismo de la represión; pero lo reprimido se rebela contra este destino y se procura, por caminos sobre los cuales no ejerce el yo poder alguno, una satisfacción sustitutiva -el síntoma- que se impone al yo como una transacción; el yo encuentra alterada y amenazada su unidad por tal intrusión y continúa luchando contra el síntoma, como antes contra la tendencia instintiva reprimida, y de todo esto resulta el cuadro patológico de la neurosis."

La enfermedad es un símbolo de que si bien ha habido represión, ésta no ha sido del todo eficaz. Es una satisfacción sustitutiva de deseos, una transacción en la que el sujeto expresa al mismo tiempo la aceptación de la ley y su repudio.

Es sabido que el sujeto no renuncia a ningún placer del que antes ha gozado. Por ese motivo, si bien por una parte renuncia a la satisfacción del deseo prohibido, ante la amenaza de castración, por otra parte sigue dando satisfacción a ese deseo: "las dos partes en disputa reciben lo suyo: a la pulsión se le permite seguir con su satisfacción y a la realidad se le muestra el debido respeto". Esta estrategia provoca un desgarrón del yo cada vez más profundo.

Pero esto todavía no es la enfermedad, sino el mecanismo al que está sometido el funcionamiento psíquico de todo sujeto. Lo patológico consiste "en los procesos que aportan una compensación a la parte perjudicada del Ello; esto es, en la reacción contra la represión y en su fracaso".

Es toda la estructura del lenguaje lo que la experiencia psicoanalítica descubre en el inconsciente. Que el inconsciente esté estructurado como lenguaje, es lo que permite la interpretación psicoanalítica de las enfermedades, en el orden de lo simbólico, como manifestaciones del deseo. El síntoma tiene para el sujeto un carácter significativo; mantiene relaciones metonímicas con su deseo inconsciente.

"Las palabras son carne para el cuerpo y el alma enferma de palabras", dice Menassa. El psicoanálisis permite al sujeto usar la palabra, en lugar de hacer uso de su cuerpo, para mostrar sus relaciones con la ley de castración. Es en el lenguaje, en la palabra, donde el sujeto debe mostrar su posición ante la ley. La castración es en el lenguaje no en el cuerpo. Ponerlo en el cuerpo es no aceptar la mortalidad, la condición de ser hombre. Lo pongo en mi cuerpo para negar la verdadera operación de castración que debe producirse. Es el lenguaje lo que nos hace mortales, no el morir.

En el sujeto enfermo lo psíquico no se distingue de lo somático, la palabra está pegada a la cosa. El desplazamiento de los afectos se realiza sobre sus órganos y no sobre sus palabras. En la medida que se alcanza un mayor grado de simbolización la salud será el lugar en donde el sujeto en análisis muestre su sexualidad.

**Ruy Henríquez**

Integrante de la Escuela de Psicoanálisis y Poesía Grupo Cero  
Madrid: 91 758 19 40

Freud comienza el texto de *Los dos principios del suceder psíquico* diciendo que toda neurosis tiene la consecuencia de apartar al enfermo de la vida real, extrañándole de la realidad.

El niño al nacer está sometido al *principio del placer*, no tiene cómo producir una acción que transforme la realidad, sólo puede alucinar una satisfacción de deseos.

La decepción ante la ausencia de la satisfacción esperada motivó el abandono de esta tentativa de satisfacción por medio de alucinaciones y para sustituirla tuvo que decidirse el aparato psíquico a representar las circunstancias reales del mundo exterior y tender a su modificación real. No se representaba ya lo agradable, sino lo real, aunque fuese desagradable.

Por lo tanto el *principio de realidad* no sería algo impuesto por la realidad sino algo impuesto por el desarrollo del psiquismo.

Con el *principio de realidad* surge el discernimiento, instancia propuesta para decidir si una representación determinada es verdadera o falsa, esto es, si se halla de acuerdo con la realidad y que lo decide por medio de las huellas mnémicas de la realidad. Con el discernimiento aparece la posibilidad de la acción.

La sustitución del *principio del placer* por el *principio de realidad* no significa una exclusión del *principio del placer*, sino tan sólo un afianzamiento del mismo. Se renuncia a un placer momentáneo, de consecuencias inseguras, pero tan sólo para alcanzar por el nuevo camino un placer ulterior y seguro.

El *principio de realidad* trabaja para el deseo, planeando en la realidad su realización.

Desear deseamos todos, el deseo es deseo del Otro, es decir, deseo de deseos. No hay deseo sin sujeto, ni sujeto sin lenguaje.

El aparato psíquico que plantea el psicoanálisis, es un aparato psíquico que desea. Su fundamento es el deseo.

Freud plantea la situación deseante como una situación mítica. En ese origen mítico del deseo Freud dice: "A partir del momento que coinciden en el sujeto la huella mnémica de la necesidad con la huella mnémica del objeto que sacia la necesidad, esa es la primera experiencia de placer del sujeto. Desde ese momento, cada vez que surja la necesidad, surgirá conjuntamente con la fuerza de la necesidad una fuerza que intentará reproducir la primera experiencia de satisfacción. Esa carga aliada a la necesidad es lo que se repite".

Pero en *Más allá del principio del placer*, Freud plantea un más allá, en el sentido que no es que se repite en el intento de alcanzar la primera experiencia de satisfacción sino que se repite en la búsqueda del no ser.

El sujeto psíquico tiene una doble carencia: antes de nacer no era y después de morir deja de ser. Por lo tanto, a partir de este texto el sujeto repite su propia muerte, es decir, repite el futuro.

El deseo no tiene objeto y así como no le interesa encontrarse con uno u otro objeto, tampoco le interesa realizarse sobre Eros o sobre Tánatos.

No es sólo unión o sólo destrucción, es en esa interrelación entre Eros y Tánatos que se va edificando el destino de nuestra vida.

Sólo después de la represión es no representable el inconsciente, como la misma muerte lo es para cada sujeto.

La muerte como apertura a lo humano y como apertura al goce.

Decimos que toda interrupción del placer, representa el goce.

Prométele gozar a un moribundo y no morirá, nos dice Menassa. No hay otro motivo para vivir, todo lo que construye el hombre, es para gozar. Parece que eso es absolutamente imprescindible para el ser humano, para el sujeto psíquico, que lo es sólo después de concebirse como mortal.

El cuerpo vivo, es el de un ser que habita el lenguaje, en relación con una imagen del cuerpo específica, sus posibilidades de placer y de sufrimiento, están vinculadas con una historia particular, con sus fantasmas particulares, que son para él, cuerpo viviente, su verdad.

Puede pensarse entonces que todas las fuerzas que se pusieron en juego para provocar la enfermedad, son las mismas que actuarán en la curación de las afecciones corporales, de tal manera que el psicoanálisis plantea la determinación de la muerte por un mismo mecanismo; muere el sujeto biológico cuando el sujeto psíquico deja de desear. Es decir, que no es que el cuerpo humano obedece a las leyes biológicas, sino que es un cuerpo pulsional, significado en el intercambio humano e incluido en las leyes humanas.

Al deseo sólo le interesa expresarse, lo cual no quiere decir que sea posible de ser dicho, sino que el deseo se interpreta.

No hay acto humano que no esté tocado por lo inconsciente.

Si, como dijimos antes, el deseo está jugado en todos los actos de nuestra vida, éste deberá ser tenido en cuenta en el tratamiento de cualquier enfermedad.

**Cruz González Cardenosa**

Integrante de la Escuela de Psicoanálisis y Poesía Grupo Cero  
Madrid: 91 758 19 40

GRUPO CERO

**IBIZA**

Departamento de Clínica  
Tel. 971 30 78 04  
Previa petición de hora

GRUPO CERO

**BARCELONA**

Departamento de Clínica  
Tel. 93 454 89 78  
Previa petición de hora

GRUPO CERO

**ZARAGOZA**

Departamento de Clínica  
Tel. 976 25 25 17  
Previa petición de hora